



Palabras de apertura de Diálogos de la Academia

Fundación Cultural Chacao, martes 28 de febrero de 2012

Cuando muere Eugenio Montejo, el 5 de junio de 2008, escribí una nota dedicada a su otro yo, Tomás Linden, en mi columna *Palabras sobre palabras* que, lunes a lunes, aparece en El Nacional. Su fráter poético había publicado su último libro en la Editorial Goliardos, el año 1995. Su título sería, *El hacha de seda*, una selección de 52 sonetos encargada a Eugenio, quien también escribiría su bello prefacio. Se ofrecían en estas cincuenta y tantas páginas lo mejor de este escritor venezolano, de ascendencia sueca o noruega (como se sabe, el apellido “Linden” significa en todas las lenguas germánicas: “los tilos” y su fuerza léxico-poética aparece retratada en lo mejor de la canción germánica, fírmela Schubert o Wolf, Schumann o Mahler). Parece, no se sabe bien, que Linden, como Montejo, había nacido en Puerto Cabello, en 1935, y que moriría en la ciudad de Valencia.

Raro entre los raros, dedica lo mejor de su poesía a la más compleja de las formas métricas clásicas: el soneto; gesto de bravura que sólo antes habían ensayado Juan Beroes, Pedro Pablo Paredes o Luis Pastori, y dedica lo mejor de su poesía, también, a algunos de los grandes sonetistas clásicos. En concreto, se reclina con dorada genuflexión frente a una trilogía de dioses: Quevedo, Ronsard y Shakespeare. En los tres casos, el poeta vegetal ha querido ofrecer “pétalos” a estas luminarias, como obsequio escriturario de estilo y tono de refinada simetría. Los pétalos para Quevedo están escritos a lo Quevedo: “Cuando la tierra pida el equipaje/ retornaré al azul más transparente,/ sin llevar nada, porque nada traje.// Quizá sólo mi sombra oscuramente/ me busque alguna vez al fin del viaje,/ pero de mí ya todo estará ausente”. Los pétalos de Ronsard, a lo Ronsard: “Cuando vuelvas a ser joven de veras,/ por el capricho de algún dios pagano,/ -con lo que hoy sabes y como antes eras-// no olvides, como ofrenda ante su arcano,/ de cada instante hacer mil primaveras/ con una rosa siempre en cada mano”. Los de Shakespeare resultan shakespearenos: “Quiero que por amor, contra el olvido,/ estas letras que copio, una por una,/ guarden intacto el sueño de tu fama.// Después podré ausentarme complacido/ como quien, en el centro de la luna,/ dibujó con su sangre un anagrama”.

Si alguna clave es posible para esta poética secreta (o de secretos y ocultamientos), esa sea la de una técnica de escritura que crea imitando lo viejo, la más difícil de las escrituras, pues deja sin argumentos a la convencional que es la que crea creando lo nuevo, la que hace de la nada algo. Para Linden, la gran poesía no es esta última, sino la que sigue el hilo de los versos y los lenguaje ya existentes, la que descrea de la novedad en poesía al no haber nada nuevo en la poesía, la que se esfuerza en no crear nada pues no hay nada más que crear, la que quiere entender la poesía como forma que gesta formas. El precursor de Linden, Luis Enrique Mármol, también muerto en Valencia, ya lo había ensayado con fortuna, aplauso y apremio. Los llamó “Pastiches criollos” y logró lo mejor de nuestra literatura, escribiendo como nuestros mejores escritores.

Con la muerte de Tomás Linden nuestra poesía comenzará a ser, de nuevo, pura creación original y dejará de ser imitación (como querían los antiguos). Con la muerte de Tomás Linden nuestra poesía ya no hablará más sobre el lenguaje de la poesía. Con la muerte de Tomás Linden nuestra poesía desconocerá la locura del otro y el alfabeto del mundo. Con la muerte de Tomás Linden desaparece el último de los cultores del verso clásico y del pastiche. Ha muerto Tomás Linden, el poeta del hacha de seda, y estos pétalos lamentan su muerte, con la que se acaba un poco más la poesía.

A Eugenio Montejo, Tomás Linden y a los otros otros que era Eugenio, está dedicada esta primera entrega de “Diálogos de la Academia”. Con la lectura del texto anterior, dejo instalados estos eventos como manifestación de una vocación de la corporación que presido, esta Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, decana de las academias nacionales, por hacer de ella una institución moderna capaz de confrontarse extramuros y de ocupar el papel rector de la actividad lingüística y literaria en el país. Experiencias productivas en esta dirección significaron en el pasado reciente las sesiones realizadas en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Católica Andrés Bello. También, las enriquecedoras sesiones homenaje en las casas de algunos de nuestros numerarios más ilustres. Fueron magníficas, en este sentido, las organizadas para festejar el cénit en la carrera de estudioso de la lengua dedicadas a don Rafael Caldera y a don Pedro Grases.

Saludo la iniciativa y agradezco la gentil anfitrionía de la Fundación Cultural Chacao, representada en este acto por su presidenta doña Diana López, quien desde el primer momento manifestó su entusiasmo por la hermandad entre nuestras instituciones para la realización de estas actividades. Mi agradecimiento permanente para ella y su equipo.

Al coordinador de la Comisión de Literatura, don Carlos Pacheco, a don Joaquín Marta Sosa y al resto de la Comisión, mis felicitaciones.

Al profesor y amigo de tantos años, Arturo Gutiérrez Plaza, nuestro invitado foráneo, mi alegría por tenerlo aquí esta noche para dialogar sobre Eugenio.

Tuve una amistad sobria y respetuosa con el maestro Montejo, esa forma personal del afecto que era la que él deseaba más; ningún ser más ajeno a la loa facilonga o al homenaje forzado. Apreciaba, como todo poeta verdadero, mis tratos con la lengua y mis trabajos lexicográficos; asuntos que entendía cruciales en su ejercicio creativo. La Academia Venezolana de la Lengua lo quiso como uno de sus hijos. Su muerte, nunca terminada de llorar, impidió que así fuera. Hoy, con este homenaje, en la ocasión de cumplirse cinco años de su partida, la Academia resarce parte de esa deuda y lo hace festejando la sabiduría de su palabra poética y recordando la singular nobleza de su personalidad.

Señores académicos.

Francisco Javier Pérez

Presidente de la Academia Venezolana de la Lengua